TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 50



NOCHEBUENA
El pasado vuelve

Originales de
EDUARDO
ZAMACOIS.

INTERIOR
0.25

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: Capital 0.20 — Interior 0.25

OBRAS PUBLICADAS

N° 1. **La cabra tira al monte,** Julio F. Escobar; No 2. **Colorado y negro,** L. Rodríguez Acasuso; No 3. **La fea de la casa;** Julio F. Escobar; No 4. **El hombre que pudo matar,** Folco Testena; N° 5. **Florencio Sánchez y su obra,** V. Martínez Cuitiño; No 6. **Mundial Pantomim,** A. Moock; N° 7. **¡Qué Pichincha!,** Julio F. Escobar; No 8. **La huelga,** Dr. Gonzalo Bosch; N° 9. **El hombre que sonríe,** Julio F. Escobar; No 10. **Muñecas de lujo,** L. Pita Martínez; N° 11. **El ñato Padilla,** L. Rodríguez Acasuso; No 12. **Cuando muere el día,** B. Roldán; N° 13 **La santa madre,** J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; N° 14. **La vida es sueño,** D. P. Calderón de la Barca; No 15. **Rayito de sol,** V. Martínez Cuitiño; N° 16. **Los averiados,** H. Brieux; No 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!,** Julio F. Escobar; No 18. **Frío,** Eduardo Zamacois; N° 19. **El Arlequín,** Otto Miguel Cione; No 20. **El dolor del bárbaro,** Carlos Schaefer Gallo; No 21. **Bajo el yugo de un tirano,** Julio F. Escobar; N° 22. **Mi prima está loca,** F. E. Collazo y T. Insausti; No 23. **Las hijas del capitán,** L. Rodríguez Acasuso; N° 24. **La ganzúa de oro,** Belisario Roldán; No 25. **La humilde quimera,** V. Martínez Cuitiño; No 26. **El dilema del Doctor,** Bernard Shaw; N° 27. **La propia obra,** César Iglesias Paz; No 28. **La canción de la camisa,** Pedro E. Pico; N° 29. **El alcalde de Zalamea,** D. P. Calderón de la Barca; No 30. **Delikatessen Haus,** A. T. Weisbach y S. Linnig; No 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor,** Armando Moock; N°32. **Teléfono para tumbas,** traducción de Julio F. Escobar; No 33. **El derecho de matar (adapt),** Julio C. Traversa. N° 34 **La señora Caburesa,** Roberto L. Cayol; N° 35. **Anita Balbi,** Folco Testena; No 36. **El pobre hombre,** J. González Castillo. N°. 37, **La Bandera Roja,** Eugenio Troisi y César L. Pelazza. N° 38 **La Serpiente,** Armando Mook. No 39. **Montmartre,** Versión de J. F. Escobar. N° 40 **Israel,** Versión de Jorge Dowton. No 41. **El sobrino de Malbrán,** José León Pagano. No 42. **El héroe y el soldado,** G. B. Shaw. N° 43. **El corazón y el dinero,** Julio F. Escobar. No 44. **Así terminó la fiesta...,** J. López Silva y C. M. Pacheco. N° 45, **La Despedida,** Alejandro Marcó. N.° 46, **La virgen loca,** Henry Bataille. N.° 47, **Teatro breve,** Pedro E. Pico. N° 48, **El corazón de la selva,** Otto Miguel Cione.; N.° 49, **Guerra a la guerra, El tren Expreso,** Ramón de Campoamor.

EDITORES: MORO & TELLO

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II | Martes 19 de Octubre de 1920 | N.º 50

"NOCHEBUENA"

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el TEATRO ROMEA de Madrid la noche del 23 de Diciembre de 1908.

"EL PASADO VUELVE"

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el TEATRO ROMEA de Madrid la noche del 30 de Enero de 1909

ORIGINALES DE

EDUARDO ZAMACOIS



EDITORES
MORO & TELLO — Corrientes 1307
BUENOS AIRES
1920

"NOCHEBUENA"

Comedia en un acto

original de EDUARDO ZAMACOIS

REPARTO

ALICIA, 25 años...........................	SRTA. VALDIVIA
ELENA, 25 íd.	SRA. EZQUERRA
VICTORIA 18 íd........	MONTALT
ANGELES, 45 íd. (Viste de negro y con gran modestia.)...........	CORONA
CONSUELO (Criada joven)........... ...	ESTERG
MARTA..................................	ENVID
ROBERTO, 40 años. (Hombre de mundo).	SR. BROCHADO (*)

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor.

Se recomienda a las actrices una grán distinción de ademanes, y en sus trajes y sombreros una elegancia algo llamativa.

(1) Habiéndose separado poco después de la compañía el Sr. Brochado se encargó de este papel el Sr. Palacios.

"NOCHEBUENA"

ACTO UNICO

Gabinete en casa de Alicia. A la izquierda y al fondo puertas. A la derecha un balcón. Chimenea encendida a la izquierda. Teléfono.

Los muebles serán elegantes y muy modernos. Decorarán la pared cuadros de bazar, retratos, etc. Un verdadero gabinete de "cortesana", en donde todo será bonito, un poco barroco y frívolo, con esa frivolidad de las casas amuebladas deprisa.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Luego aparecen por la izquierda Alicia y Marta, detrás Angeles, que se sentará junto a la chimenea y guardará durante las dos primeras escenas una actitud indiferente.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

ALICIA, ANGELES Y MARTA

ALICIA.—(Risueña, envolvente). Pues, ya le digo a usted; hoy, imposible... Demasiado sabe usted cómo vivimos todas nosotras los quince últimos días de mes.

MARTA.—Sí, sí...

ALICIA.—De milagro, ¿verdad? Además, estas fiestas pascuales traen consigo tantos gastos...

MARTA.—Entonces dice usted que vuelva...

ALICIA.—A primeros de año.

MARTA.—¿El día dos?

ALICIA.—Sí; es decir, espere usted; el día dos es...

MARTA.—Sábado.

ALICIA.—Justamente. Sábado, domingo..: Venga usted el cinco: el martes.

MARTA.—Bien, bien.

ALICIA.—Vaya usted tranquila, ¿eh?...

MARTA.—¡Por Dios, señorita Alicia, acuérdese usted de mí!

ALICIA.—Sí, mujer.

MARTA.—Ya sabe usted que son cuatrocientas veinticinco pesetas.

ALICIA.—Sí.

MARTA.—Doscientas pesetas del sombrero con amazonas blancas.

ALICIA.—Cien pesetas del negro.

MARTA.—Cien del azul.

ALICIA.—Y veinticinco por la compostura de la gorrilla. Estamos de acuerdo.

MARTA.—Eso es. Con que, señorita, la deseo a usted una Nochebuena muy buena, muy alegre.

ALICIA.—Gracias, Marta. Que pase usted felices pascuas.

MARTA.—Un recadito al señor marqués.

ALICIA.—Gracias.

MARTA.—Y... ¡hasta el año que viene!

ALICIA.—El día cinco.

MARTA.—Ya lo sé, el martes... Adiós, señorita Alicia. **(Ya desde la puerta del foro, a Angeles).** Páselo usted bien.

ANGELES.—**(Displicente).** Adiós.

ALICIA.—Adiós, adiós... **(Levantando la voz).** ¡Consuelo!... Acompaña a esta señora. **(Alicia se detiene a retocarse los cabellos ante un espejo. Pausa).**

ANGELES.—Bien ha machacado, bien. ¡Pensé que no se iba!...

ESCENA II

ALICIA, ANGELES, CONSUELO

CONSUELO.—**(Aparece por la puerta del fondo).** Señorita, esta tarjeta.

ALICIA.—¿Nada más?

CONSUELO.—Con seis botellas de Champagne.

ALICIA.—Eso, ya es algo.

CONSUELO.—¿Quiere usted verlas?

ALICIA.—¿Para qué? Déjalas en el comedor. Oye... ¿se fué el hombre que las trajo?

CONSUELO.—Sí señorita.

ALICIA.—¿Le diste propina?

CONSUELO.—Dos pesetas.

ALICIA.—Bien. **(Se dirige hacia la chimenea).**

ANGELES.—¿De quién son esas botellas?

ALICIA.—Del marqués. **(Le da la tarjeta).**

ANGELES.—¡Ya!...

ALICIA.—**(A Consuelo, que habrá permanecido cerca de la puerta y hará ademán de marcharse).** Oye, Consuelo...

CONSUELO.—Señorita...

ALICIA.—Da luz. **(Vase Consuelo).**

ESCENA III

ALICIA Y ANGELES, sentadas delante de la chimenea.

ANGELES.—¿Recibiste muchos regalos?

ALICIA.—Muchos. Un pavo, dos capones, y de mazapanes, turrones y almendras, quince o veinte kilos. Tengo buenos amigos.

ANGELES.—¡Bah, los hombres!

ALICIA.—¡Psch!...

ANGELES.—Para la mujer que, como tú, está en moda, no hay hombre malo. Pero después, después...

ALICIA.—Es verdad. **(Recobrando su vivacidad).** El frío promete pegar de firme esta noche. ¡Demonio!... Luego esta chimenea, maldita no calienta.

ANGELES.—Yo prefiero el brasero clásico.

ALICIA.—Y acaso tengas razón.

ANGELES.—Además, estas chimeneas gastan mucho.

ALICIA.—Bastante.

ANGELES.—¿Cuánto te cuesta la tuya?

ALICIA.—No sé... una dos pesetas diarias...

ANGELES.—¡Qué horror!

ALICIA.—Sí... pero ¡bah!... Una chimenea abriga más, mucho más que una amistad... ¡y suele costar bastante menos! **(Ríe).**

ANGELES.—¡A quién se lo vienes a decir! **(Pausa).** ¿Donde cenas esta noche?

ALICIA.—Aquí.

ANGELES.—¿Con tu marqués?

ALICIA.—Sí. También espero a Roberto; pero si viene estando el otro. Consuelo le despedirá. Es cosa convenida. El marqués se marchará entre doce y una de la mañana, como siempre, y a las dos vendrá Ricardito.

ANGELES.—Tu bebé.

ALICIA.—Mi bebé; el niño de mi alma, mi juguete.

ANGELES¡Tu juguete!... (Ríe desengañada y bondadosa). ¡Tu juguete!... Yo también, a tus años, tuve juguetes de esos.

ALICIA.—¿Y se rompieron?

ANGELES.—Todos.

ALICIA.—Ricardo no es de esos. Me quiere; yo, que conozco bien a los hombres, te lo aseguro. Me quiere. ¡Si le vieses!... ¡Pobre bebé! Cuando riño con él y le amenazo con despedirle se echa a llorar.

ANGELES.—¡Con tal que luego, cuando seas tú la que llore, él no se ría!...

ALICIA.— No.

ANGELES.—¿Qué edad tiene?

ALICIA.—Dieciocho años. ¡Un amorcillo!

ANGELES.—¿Estudiante?

ALICIA.—Sí.

ANGELES.—¿Y de acá? (Haciendo resbalar el pulgar sobre el índice).

ALICIA —Ni un céntimo.

ANGELES.—(Sonriendo). Sí, mozo y pobre; debe de ser bueno. Sí, mira... acaso aciertes... porque en dieciocho años no ha tenido tiempo de aprender a ser hombre. Y eso que en esto, como en todo, hay precocidades, "niños prodigios".

ALICIA.—Ya, ya...

ANGELES.—¿Nunca te ha pedido dinero?

ALICIA.—Nunca.

ANGELES.—Porque también los hay...

ALICIA.—También. (Pausa). Te advierto que siento hacia Ricardo, más que un verdadero amor de amante, una pasión espiritual de madre, de protectora. Me gustaría aconsejarle, orientarle, dirigir su vida, servirle a la vez de timón y de escudo. Tú conoces las fiebres sensuales de los dieciocho años. Pues bien: muchas noches esquivo sus labios y le obligo a trabajar. "¿Te sabes tus lecciones de mañana? — le digo — ¿No?... Pues a estudiarlas ahora mismo. Quiero que estudies, que subas, que brilles en tu carrera. No olvides que soy más vieja que tú y que, el tiempo andando, puedo necesitar de tí". Y el pobrecillo coge sus libros...

ANGELES.—¿Pero tiene sus libros aquí?

ALICIA.—Los suyos, los que su padre le compró, claro es que los tiene en su casa. Pero yo le he comprado otros iguales. (Ríe).

ANGELES.—¡Loca!...

ALICIA.—Sí, estoy loca por él y en él vivo. ¿Pero hay nada más hermoso, más consolador que vivir fuera de nosotras mismas?... Mientras él estudia, yo, sentada a su lado, leo y pienso en la dulzura de tener un hijo. Algunas veces interrumpe su trabajo para preguntarme: — "¿Y después?" — "¿Cómo después? — le contesto fingiéndome muy irritada; — después te marchas a tu casa". ¡Pobre bebé, y qué esfuerzo me cuesta despedirle! Pero no quiero

pálido ni caído. Su madre, su misma madre, estoy cierta de que no le cuida más que yo. ¿No te reirás, Angeles?

ANGELES.—No, no... ¿por qué?

ALICIA.—¿No te reirás si te digo que donde más me gusta besar a Ricardo es en los cabellos?

ANGELES.—No, hija mía; tus confesiones no pueden moverme a risa.

ALICIA.—Ya lo sé.

ANGELES.—¡Disparate! ¡Al contrario!... ¿No comprendes que todas esas emociones que ahora constituyen para tu almita joven una novedad, son para mi alma, ya vieja y desengañda, un recuerdo?

ALICIA.—Tal vez...

ANGELES.—Por el camino que tú ahora recorres, pasé yo cantando hace treinta años. Yo también, pobre Alicia, tuve "mi amor, mi Ricardo"... y como tú, yo le animaba a estudiar, a ser hombre, a ser rico...

ALICIA.—¿Y murió?

ANGELES.—Peor que eso. Se cansó de mí. **(Todo esto lo dirá Angeles gravemente, pero sin llorar).**

ALICIA.—Tienes razón; fué mucho peor.

ANGELES.—En fin... ¡Bien está así!... Porque esos desengaños tempranos son para nuestro espíritu una especie de vacuna moral que luego nos preserva de esos grandes golpes que juntamente con la vejez, con los años blancos, nos trae la vida. Yo no tengo alegrías, es cierto, pero tampoco sufro penas graves. Mi Antonio...

ALICIA.—¡Es verdad!... Perdona, no me había acordado de preguntarte por él...

ANGELES.—Mi Antonio es un pobre pintor de puertas y ventanas, ya los sabes... Te he dicho que es jorobado, ¿verdad?... Tampoco es un niño... ¡No importa!... Yo, que conocí en mis verdes primaveras a tantos reales mozos, me es indiferente... es más... acaso me guste... que mi compañero de ahora sea feo y desdichado.

ALICIA.—¡Eres original!

ANGELES.—Sí, porque así me quiere más y le hallo más mío. Es un inferior, bueno y dócil, a quien domino con un simple fruncimiento de cejas. En mi casa, con sus techos abohardillados y sus suelos desnudos, en mi pobre casa fría, yo soy la reina. Ahora, cuando yo llegue, encontraré la lumbre encendida, la mesa puesta... y un beso, lleno de lealtad, para mis labios. ¡Oh!... A mí, que fuí tan caprichosa, sólo me interesa de los hombres la bondad; la experiencia me ha enseñado que únicamente los hombres muy feos, suelen ser buenos...

ALICIA.—Nosotras también somos buenas, ¿verdad?

ANGELES.—Si no hubiésemos sido inocentes, si no hubiésemos creído en la lealtad del que nos burló, ¿estaríamos donde estamos? Mira... las mujeres sólo se inclinan a ser malas cuando empiezan a creer que los hombres son buenos.

ALICIA.—¡Cómo me gustaría vivir sola, sin ver a nadie, a nadie!...

ANGELES.—**(Burlona).** Nada más que a Ricardo.

ALICIA.—Claro es...

ANGELES.—¡Naturalmente! Pero no te ríes porque la vida tiene ironías terribles. A tu edad soñamos con el amor de un Adonis, y luego, en la vejez, gracias que contemos con la amistad de un jorobado. **(Suena un timbre).**

ALICIA.—Ahí está el marqués.
ANGELES.—Me voy.
ALICIA.—No, no... espera.
ANGELES.—Me parece que no es tu marqués.
ALICIA.—Aguarda... calla... (Pausa).
ANGELES.—(Bajando la voz). Es voz de mujer.
ALICIA.—Sí.
ANGELES.—¿Tienes muchos acreedores?
ALICIA.—Muchos... oye... (Pausa). Discuten.
ANGELES.—Ya quien sea se fué.
ALICIA.—Saldremos de dudas. (Apoya un timbre).

ESCENA IV

ALICIA, ANGELES, CONSUELO

CONSUELO.—¿Llamaba usted?
ALICIA.—¿Quién era?
CONSUELO.—(Sonriendo). La modista.
ALICIA.—Quería...
CONSUELO.—Sí.
ALICIA.—¡Es horrible!
ANGELES.—¿Le debes mucho?
ALICIA.—No... ¡qué se yo!... unas doscientas pesetas.
ANGELES.—Vamos.
ALICIA.—¡Y se le ocurre cobrar hoy, precisamente hoy!...
ANGELES.—¡Es lógico! Hoy, que es Nochebuena!
ALICIA.—Sí... ¡hoy que no tengo una peseta!

CONSUELO.—Yo la dije que no estaba usted en casa; pero ella había visto en el perchero el impermeable de la señorita, y repuso: — "¡Quiá, niña, esa no cuela!" — "¿Cómo que no cuela?" — la repliqué yo. — Y ella dice: — "¿Y esto?"

ALICIA.—¡Claro!

CONSUELO.—Entonces voy y la digo, bajando la voz, así como si depositara en ella una confianza muy grande... ¿Usted me comprende? (Ríe).

ANGELES.—¡No eres tonta, no!

CONSUELO.—Conque la digo... — "Bueno, la señorita Alicia está en casa, pero no se la puede molestar ahora... porque hay un señor ¡que es título!... Venga usted otro día" — Y se fué... se fué echando demonios por la boca.

ANGELES.—A la portera se lo habrá ido a contar.

ALICIA.—¡Canastos con la gente!... Se han creído que soy una sucursal del Banco.

CONSUELO.—¿Me necesitan ustedes para algo?
ANGELES.—¿Qué hora será?

ALICIA.—(Consultando el reloj de su pulsera). Van a dar las ocho. (A Consuelo). ¿Cómo va la cena?

CONSUELO.—Ya está hecha.
ALICIA.—¿Y la cocinera?
CONSUELO.—Se marchó a media tarde.
ALICIA.—¿Y Concha?
CONSUELO.—También.

ALICIA.—¡Y sin decirme nada!... ¡Valiente frescura! Estas criadas con familia son insoportables. ¡Ah! Te lo aseguro... En lo sucesivo todos mis servidores han de ser incluseros. (A Consuelo). Ya sabes que el marqués cena conmigo.

CONSUELO.—Sí, señorita.

ALICIA.—Coge el veladorcito del comedor y ponlo aquí, delan-

de la chimenea. Despacha volando que es muy tarde.

CONSUELO.—¿Pongo dos cubiertos?

ALICIA.—¿Pues no acabas de oir que el marqués cena aquí?

CONSUELO.—Voy en seguida. (**Vase**).

ALICIA.—(**A Angeles**). Ven; para no estorbar a la muchacha nos sentaremos ahí. (**Se sientan a la derecha. Mientras hablan, Consuelo entra y sale aderezando la mesa**).

ANGELES.—¡Qué lindas zapatillas llevas!

ALICIA.—(**Con terror cómico**). ¡Cállate, por Dios!

ANGELES.—¿Por qué?

ALICIA.—Podría aparecer el zapatero.

ANGELES.—¡Cómo! ¿No están pagadas?

ALICIA.—No.

ANGELES.—¡Demonio de chiquilla!

ALICIA.—¿Qué quieres?

ANGELES.—¿Y la alfombra?

ALICIA.—¿Eh?

ANGELES.—¿Tampoco está pagada?

ALICIA.—Tampoco.

ANGELES.—(**Con admiración cómica**). ¡Hija mía, te admiro!

ALICIA.—¿Me admiras?

ANGELES.—Sinceramente. Puedes decir que vives sobre un volcán.

ALICIA.—No comprendo cómo hay personas que no tengan trampas.

ANGELES.—¿Pero las hay?

ALICIA.—Eso me pregunto yo. Porque el presente es algo tan flaco, tan inconsistente, que no sólo vive de lo pasado, sino que necesita pedirle prestado, y pedirle mucho, al porvenir.

ANGELES.—Así es. Di... ¿nos veremos mañana?

ALICIA.—Quédate a cenar.

ANGELES.—Con mucho gusto, pero no puedo; ya sabes que Antonio está esperándome.

ALICIA.—¡Que espere! Quédate. Aunque el marqués venga, puedes acompañarnos. Luego te vas.

ANGELES.—Si precisamente me gustaría cenar aquí por eso, por acompañarte; porque me parece que tu marqués no vendrá.

ALICIA.—¿Crees?

ANGELES.—Creo que no vendrá. Es Nochebuena.

ALICIA.—¿Y qué?

ANGELES.—Que es una noche excepcional en la que los maridos no suelen salir de casa.

ALICIA.—No me lo digas.

ANGELES.—¡Toma! (**Pausa del lado del balcón y muy distantes, cual si pasasen por la calle, zambombas y tambores**). ¿Oyes? ¡Nochebuena!

ALICIA.—Sí, el marqués vendrá, le conozco bien. ¡Vendrá tosiendo y renegando del reuma, pero vendrá! Y si no viene, ¡peor para él! Vendrá Roberto... y después vendrá Ricardo...

ANGELES.—Mujer prevenida...

ALICIA.—Vale por muchas. (**Suena un timbre**).

ANGELES.—Han llamado.

ALICIA.—Ahí está el marqués. Quédate. ¿Te quedarás?...

ANGELES.—No, no...

ALICIA.—No te dejo salir... No te dejo salir...

ESCENA V

ALICIA, ANGELES, ELENA y VICTORIA, que aparecen con gran algazara de voces y risas

ELENA.—¡Alicia!
ALICIA.—Elena...
VICTORIA.—Somos nosotras.
ALICIA.—¿Qué tal? ¡Qué buena sorpresa! (Se besan).
ANGELES.—A sus órdenes. (Se dan las manos).
ELEA.—Muchas gracias.
ALICIA.—(A Victoria, por Angeles). ¿Ustedes se conocen?
VICTORIA.—No recuerdo...
ALICIA.—Mi amiga Victoria, mi amiga Angeles...
ANGELES.—Tengo una verdadera satisfacción...
ELENA.—¿Cómo sigue usted? (A Angeles).
ALICIA.—Sentaos, sentaos... ¿De dónde venis ahora?
VICTORIA.—De correr medio Madrid.
ALICIA.—¿En coche?
ELENA.—¡Quiá!... A pie...
VICTORIA.—A pie, democráticamente. ¿Tú no has salido hoy?
ALICIA.—Ni ayer.
ELENA.—Haces mal. Las calles están animadísimas; si llegas a venir con nosotras pasas un buen rato.
VICTORIA.—¿Tienes cigarrillos?
ALICIA.—Sí.
VICTORIA.—Vengan.
ALICIA.—¿Cómo los queréis? Los hay de varias pintas: turcos... egipcios...
VICTORIA.—Nos es igual. ¿Para qué echárnoslas ahora de exquisitas si no hay hombres delante?
ANGELES.—Tiene usted razón.
ALICIA.—(Que habrá vuelto a sentarse). Tomad. (Todas fuman, menos Elene).
VICTORIA.—Enciede tú.
ELENA.—Gracias, yo no fumo.
ALICIA.—Pues si he de ser franca con vosotras, debo deciros que en estos días no me atrevo a salir a la calle porque tengo varios enemigos... ¿comprendéis?
VICTORIA.—Perfectamente.
ALICIA.—Vulgo, ingleses...
ELENA.—Ni media palabra más.
VICTORIA.—¡Pero es una tontería dejar de salir a la calle porque se tengan acreedores! ¿Qué haría yo entonces?
ELENA.—Y yo?
VICTORIA.—Acabaríamos por envidiar la suerte de las monjas.
AGELES.—Todo anda muy mal; no hay dinero.
VICTORIA.—(A Elena y con marcado interés). Oye... ¿Mariano, el marquesito, te llevó dinero anoche?
ELENA.—¡No!
VICTORIA.—Yo le ví a mediodía en la calle de Alcalá, frente a las Calatravas, y al pasar a su lado, muy disimuladmente, le tiré un pellizco. Verás... Sigo andando y al llegar a la esquina de Fornos, mi buen Mariano me alcanza. — "¿Cómo estás, Victoria?" — "Vaya usted al cuerno — le digo; — lo que ha hecho usted con mi amiga es una porquería".
ELENA.—Se quedaría tan fresco. ¡Es una lechuga!
VICTORIA.—¡Quiá! Se puso un poco colorado y me dijo:

"¿Verás a Elena?" — "Sí que la veré." — "Pues dila que esta noche (por anoche) la mandaré doscientas pesetas".

ELENA.—¿Tú las has visto?... ¡Pues yo tampoco!

VICTORIA.—¡Qué indecente!

ALICIA.—Gentuza...

ANGELES.—La culpa de todo la tiene la falta de dinero.

VICTORIA.—Sí, señora; la madre del cordero es esa.

ELENA.—Yo no soy vieja y sin embargo recuerdo que antes los hombres no eran así: tenían más alegría, más dinero... o más coraje para gastarlo... ¡No sé!

ANGELES.—Todo va de mal en peor.

ALICIA.—Yo tampoco soy vieja y... ¡qué diablos! el primer año que estuve en Madrid ahorré más de cinco mil duros; y ahora, en cambio, tengo la mitad de mis trajes empeñados.

VICTORIA.—Y la otra mitad se la debes a la modista. ¡Todas iguales!

ELENA.—Ya conozco a la **Valenciana** y a Pepa **la Sorda,** que ya están ricas, y que seguramente no valieron de jóvenes más que nosotras.

ANGELES.—¿Y Julia, la **Senadora**?

VICTORIA.—¿Y Antonia, la **Estiráa**?

ELENA.—¡Toma! Y como esas, un ciento. ¿Y fué ninguna de ellas más guapa que tú o que yo o que ésta?... **(Por Alicia).** Aquí doña Angeles puede decirlo...

ANGELES.—Yo creo que los hombres fueron y serán siempre iguales.

VICTORIA.—Alegrémonos por nuestras hijas.

ANGELES.—Sí, iguales... y eso que a mi edad, como podéis suponer, ya nadie me mira. Pero comprendo que los hombres que para mí son de hielo para vosotras sean de brasa. ¡Natural! Lo que sucede ahora es que hay mucha hipocresía, mucho vicio oculto...

ALICIA.—Muchísimo.

ELENA.—Angeles dice bien. No es que ahora haya menos alegría o menos dinero o menos calaveras; los hombres no pueden ser peores de lo que son. Lo que ocurre es que hay una epidemia de señoras **diletantis,** que aman por **sport.**

ALICIA.—¿Ve alguna de nosotras al conde Ramiro?... No. Desde que se puso en relaciones con la esposa de...

ELENA.—Calla. ¡Y qué lástima de hombre! No he conocido otro más generoso.

VICTORIA.—¿Y Perico López?

ELENA.—Otra que tal. ¿Y Víctor Aguado?

ALICIA.—Lo mismo.

ANGELES.—Y como esos, otros cien y otros cien. Es lo que yo digo: antes había menos hipocresía, antes los hombres necesitaban una distracción y la buscaban entre nosotras. Ahora...

VICTORIA.—Ahora, la rebuscan entres las esposas de sus amigos.

ANGELES.—Ni más ni menos.

ALICIA.—¡Decimos que no hay hombres! ¿Sabéis por qué?

VICTORIA.—Porque nos les quitan las solteritas ociosas y las malas casadas.

ELENA.—¡Como esas no piden dinero!

ALICIA.—Pues las prefieren aunque no sean tan guapas, ni tan agradables como nosotras.

VICTORIA.—¿Pero quién iba a pensar que nuestro porvenir iban a echarlo a perder las mujeres decentes? (Todas ríen).

ELENA.—(Mirando su reloj). ¡Horror! ¡Las ocho y media!

VICTORIA.—A mí me aguardan a las nueve.

ELENA.—Y a mí.

ANGELES.—Yo, también me voy. (Todas se levantan).

ALICIA.—(A Elena). ¿Esperas a Juanito?

ELENA.—Sí, ¿y tú?

ALICIA.—Yo ceno con el marqués.

VICTORIA.—¿Aquí?

ALICIA.—Sí. Cuando llamásteis creí que era él.

VICTORIA.—Yo también ceno en casa.

ANGELES.—(A Alicia). Me parece que tu marqués no viene.

ALICIA.—(Displicente). ¡Y dale! Pues si no viene el marqués, vendrá Roberto. ¡Tanto monta!

VICTORIA.—¿Pero a cuántos amigos esperas esta noche?

ALICIA.—A dos.

ANGELES.—¡Embustera! A tres...

VICTORIA.—¡Y luego me llaman loca a mí!

ELENA.—(A Alicia). Haces bien, hija mía. Parodiando una frase de Dumas, apropósito del matrimonio, podríamos decir que la vida es para la mujer una cruz tan pesada, que para llevarla necesitamos que nos ayuden tres hombres... Y a veces más...

VICTORIA.—¡Y con todos nunca tenemos dinero! ¡Ea, vámonos!

ALICIA.—Adiós, preciosa. Vaya, adiós.

ELENA.—Adiós. (A Angeles). ¿Usted se queda?

ANGELES.—No, saldremos juntas.

ELENA.—(A Alicia). ¿Vas mañana a Apolo?

ALICIA.—No sé todavía.

VICTORIA.—Vé, mujer.

ALICIA.—Ya veremos; ¿tienes palco?

ELENA.—Sí.

VICTORIA.—También hay que ir a Eslava. Preparan una inocentada estupenda.

ELENA.—Bien, adiós.

ANGELES.—Hasta mañana.

ALICIA.—Adiós. (Suena el timbre).

ANGELES.—Tu marqués.

ALICIA.—O Roberto.

VICTORIA.—O un representante delas Islas Británicas. ¡Maldito archipiélago!... (Pausa. Se oye un murmullo como de lucha, y el ruído de una silla que cae al suelo).

CONSUELO.—(Desde dentro y sin que haya enfado en su voz). ¡Demonio de hombre! Estése usted quieto. ¡Estése usted quieto!

ALICIA.—Debe de ser Roberto.

VICTORIA.—Quien sea, trae prisa. (Todas avanzan un poco hacia el proscenio en actitud espectante).

ESCENA VI

DICHAS Y ROBERTO: viste gabán y sombrero de copa. Trae una zambomba descomunal

ROBERTO.—¡Alicia!... ¡Mi Alicia!... (Toca la zambomba. Todas ríen).

ALICIA.—¡Es incorregible!

VICTORIA.—¡Y pensar que tiene cuarenta años!

ELENA.—¡Tocando la zambomba!... ¡Un diputado a Cortes!

ROBERTO.—(Entregando la zambomba a Angeles con gravedad cómica). Señora... ¿Pero vivís todas aquí?... ¿Estoy en Citeres o en la isla de Itaca? ¡Yo pierdo el seso con la alegría! Permítame, nuevo Telémaco, que os estreche sobre mi corazón. (Las abraza con efusión exagerada).

ELENA.—¡Eres un botarate!

ROBERTO.—Que está loco por tí... y por tí... y por tí también.

VICTORIA.—Por todas.

ROBERTO.—(Siempre con ademán reposado y enfático). Tú lo digiste, en dos palabras de suprema elocuencia. "¡Por todas!..." ¡Qué penetración tan admirable, tan rápida!... ¡¡Hijas mías!! (Vuelve a abrazarlas).

VICTORIA.—(Tocando la zambomba). ¡Música! ¡Música!

ROBERTO.—Y tú, Alicia...

ALICIA.—(Aparentando enfado). ¡Déjame en paz!

ROBERTO.—Alicia la dulce, Alicia la cordera...

ALICIA.—Te digo que no me hables.

ROBERTO.—¿Estás irritada conmigo?

ALICIA.—Mucho.

ROBERTO.—¿Por qué?

ALICIA.—No tengo ganas de conversación.

ROBERTO.—¿Me despides así, tan secamente, porque en la penumbra del pasillo he cometido la ligereza de pellizcar a tu criada?

ALICIA.—¡Ah! ¿Con que la pellizcaste?

ROBERTO.—Completamente.

ALICIA.—¡Me encanta tu frescura!

ROBERTO.—¿O es porque adivinas que vengo a decirte que no puedo cenar contigo?

ALICIA.—Sí que lo vas arreglando.

ROBERTO.—¡Pobrecilla! Ya veo la mesa, la mesita blanca... con dos cubiertos... uno para tí, para mí el otro.

ALICIA.—Pues, la verdad, aunque sé lo zascandil que eres, te esperaba.

ROBERTO.—¿Lo véis?... Me esperaba... ¿Lo oís?... ¡Me esperaba! Y su corazón brincaba gozoso con mi recuerdo. ¡Pero, Señor! ¿Es posible que a mi edad se inspiren todavía pasiones así?

VICTORIA.—¡Admirable!

ELENA.—¡Demonio de hombre! ¡Revienta si habla en serio!

ALICIA.—¿Pero te quedas o no?

ROBERTO.—Imposible, Alicia.

ALICIA.—¿Cenas en tu casa?

ROBERTO.—Sí.

ALICIA.—¡Qué lástima!

ROBERTO.—Compadéceme. Un odioso banquete de familia.

ANGELES.—Le compadecemos a usted.

ROBERTO.—Hay motivos: la esposa a la derecha, los suegros en frente... (a los suegros, ya es sabido, siempre les tenemos en frente) y repartidos alrededor de la mesa familiar, cuñadas, sobrinitas... ¡No quiero pensarlo! Pero, en fin (Abrazando a Alicia). mañana vendré...

ALICIA.—¿Por la tarde?

ROBERTO.—Sí.

ALICIA.—¿A las cuatro?

ROBERTO.—A las cuatro.

ALICIA.—¡Pero suelta!... Hombre más pegajoso...

ROBERTO.—Vendré, vendré más enamorado de tí que nunca... y en tus ojos tomaré el desquite de lo que hoy he de sufrir. Hoy, mañana... es igual... ¿No es cierto?... ¡Igual! Con una mujer como tú, es Nochebuena todo el año.

VICTORIA.—(Riendo). ¡Tiene razón!... ¡Delicioso!

ELENA.—¡Música, música!

VICTORIA.—Va, va. (Repica la zambomba).

ROBERTO.—Y con esto, me voy.

ALICIA.—¿Sin ni siquiera sentarte?

ROBERTO.—Imposible. Tengo un coche abajo y dentro del coche a mi mujer.

ALICIA, ELENA y VICTORIA.—¡A tu mujer!

ROBERTO.—A la legítima.

ALICIA.—¿Pero estás loco?

ROBERTO.—De la **cabeza a los pies.**

ANGELES.—¡Sí que lo está!

ROBERTO.—La he dicho que aquí vivía mi abogado.

VICTORIA.—¿Y para quién era la zambomba?

ROBERTO.—Para el hijo del abogado. He venido porque me moría de tristeza...

ELENA.—Se te conoce.

ROBERTO.—Porque yo me ahogo si no respiro, siquiera una vez al día, ese aire de tolerancia que se respira aquí. ¡Ea, salud!... (Hace ademán de irse).

VICTORIA.—Oye...

ROBERTO.—Dí.

VICTORIA.—¿Me llevas una noche al teatro?

ELENA.—Y a mí.

ROBERTO.—Mañana os espero en la Zarzuela.

VICTORIA.—Yo no voy a la Zarzuela.

ROBERTO.—¿Por qué?

VICTORIA.—Porque le debo un palco a un revendedor.

ROBERTO.—Te pondré en paz con tu revendedor.

VICTORIA.—Pero de ir, ha de ser con mi novio.

ROBERTO.—¡Ah! ¿Pero tienes novio?

ALICIA.—Y muy simpático.

VICTORIA.—Es actor.

ROBERTO.—¡Malo!... En general todos los artistas son unos botarates.

ELENA.—Sí, que tú...

ROBERTO.—Les conozco; unos botarates aficionados al juego, al vino, a las mujeres... pero, en el fondo, ¡eso sí!... buenas personas; ingenuos, generosos... ¡todo corazón!... Sí, llévale; yo disfruto viendo cómo se aman los demás.

ALICIA.—¡Es un santo!

VICTORIA.—Más música. (Tocando la zambomba).

ROBERTO.—(A Alicia). Adiós, cuerpo bonito, carita de rosa.

ELENA.—Nos vamos todas.

ROBERTO.—¡No será conmigo!

VICTORIA.—Será detrás de tí.

ROBERTO.—Eso es diferente.

ELENA.—Pierde cuidado; no te comprometeremos. Bajas adelante.

ROBERTO.—Sí, dadme tiempo a que me suba al coche. ¡Adiós, gabinete inolvidable; mesa querida, adiós!...

ELENA Y VICTORIA.—(**Empujándole**). Anda, anda.. ya has dicho bastantes tonterías.

ALICIA.—¿Y la zambomba?

VICTORIA.—Me la llevo yo.

ROBERTO.—(**Desde dentro**). Hasta mañana.

ALICIA.— Hasta mañana. (**Detrás de Roberto salen Elena y Victoria**).

ANGELES.—(**Besando a Alicia**). Hasta mañana. Diviértete mucho.

ALICIA.—Adiós, Angeles. Te deseo una buena noche. (**Un momento la escena queda sola**).

ESCENA VII

ALICIA, sola

ALICIA.—(**sola**). ¡Se marcharon, al fin!... ¡Oh!... ¡Cuánto hablar de frivolidades que a una no la interesan! ¡Cuánto fingir! (**Coge un periódico y se sienta delante de la chimenea. Atiza la lumbre. Mira el reloj de su pulsera**). Las ocho y media dadas. ¡Qué tarde! ¿No vendrá? (**Lee**). Esperemos. (**Dentro y lejos, como en la calle, resuena un recio estrépito de zambombas, tambores, panderetas y almireces. Algarabía desacorde y sin ritmo, como de gentes que van borrachas**).

Una voz canta:

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena!

Otra voz:

En la garganta tienes
un lunarcito,
en la garganta quiero
darte un besito.

Y el CORO repetirá, a modo de estribillo:

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena!

(**Luego las voces cesan y el ruído de los instrumentos va debilitándose cual si se alejase por la calle. Ensáyese bien esto, porque de ello depende el encanto melancólico de la escena**).

ALICIA.—Noche triste, noche maldita... maldita, porque es de recuerdos... ¡Ay, mi madre! Y mis veinte años, mis años de ilusión... ¿dónde fueron? (**Exaltándose**). Daría... oh!... no sé qué daría por no estar sola... (**Pausa**). **Suena el timbre del teléfono**). ¡Ah! Una voz que viene de lejos, un consuelo... (**Maneja el aparato**). ¿Quién?... ¿Quién?... Perdone, Central. ¡Ah! ¿Casino de Madrid?... Ya... ¿Cómo?... Más alto... no se oye.. ¿Qué dice?... Las portadas del periódico... ¿Eh?... ¿Pero usted cree que esto es una redacción? ¡Oiga usted, Central! Central... (**Apoyando el timbre. El timbre del teléfono vibra otra vez**). ¡Central!... ¡Ah!... Es el Casino de Madrid? A ver si ahora nos entendemos... Bueno, bueno... bien... usted perdone, Central usted perdone... ¡Casino de Madrid! Sí, aquí es... ¿Con quién hablo?... ¡Ah, eres tú Luisito! ¿Cómo estás?... Yo muy guapa... ¡Ja, ja, ja!... ¡No seas bruto!... ¿Eh?... Digo que no seas bruto. Bien. (**Ríe**). Sí, recibí las botellas... muy buena marca... no lo he probado aún, pero supongo que será excelente. **Oye...**

oye... te advierto que te espero, tengo un apetito horrible... ¿Cómo? ¿Que no puedes venir a cenar conmigo?... ¿Cenas en tu casa?... Ya podías habérmelo dicho antes... ¡Evidentemente!... Eso no se hace... ¿eh? No, señor, no se hace, porque si tú tienes compromisos yo también los tengo... Si viene alguien le recibiré... ¡No faltaba más! No admito explicaciones. No las admito... Te vas al infierno... Ni quiero reñir ni dejo de querer; haz lo que gustes. No sé si podré... ¡que no sé si podré!... No, mañana no, y menos por la tarde... Sí... Adiós... **(Separándose del teléfono).** ¡Maldita sea!... **(Apoya un timbre. Pausa).**

ESCENA VIII

ALICIA y CONSUELO

CONSUELO.—¿Llama usted?

ALICIA.—Dame de cenar.

CONSUELO.—¿Cena usted sola?

ALICIA.—Sola.

CONSUELO.—¿No viene el señor marqués?

ALICIA.—No.

CONSUELO.—¿Y el señorito Roberto?

ALICIA.—Tampoco.

CONSUELO.—¿Cómo? ¿Ha reñido usted con ellos?

ALICIA.—No.

CONSUELO.—Entonces...

ALICIA.—¿Qué quieres? El marqués está casado, Roberto también está casado... y los "señores" tienen que cumplir con la familia. ¿Sabes? ¡Ironías de la suerte!... Esta noche, la más triste de todas las del año, es precisamente la única noche en que la Fatalidad, que tiene cara de clown, nos obliga a dormir solas.

CONSUELO.—Es verdad... sí...

ALICIA.—**(Con gran apasionamiento).** Ya sabes cómo nosotras llamamos a los hombres que nos pagan... Siempre les desprecié con toda mi alma, siempre.... Jamás comprendí que hombres discretos, hombres de mundo, pudiesen hallar contentamiento en la comedia de amor que nosotras, en su obsequio y por su dinero, representábamos. ¡Les creía imbéciles!... Pero no, no lo son; ahora les comprendo, y como les comprendo, les disculpo... ¡hasta piedad me inspiran!... Es que los infelices, en medio de su vivir ordenado, se aburren y sus pobres almas tiemblan de frío. No, ellos no creen en nosotras, pero lo fingen... y su propio fingimiento les distrae con el espejismo de un amor real... ¡Oh! Ahora como nunca comprendo su fastidio, su fastidio mortal... su miedo a estar solos... **(Pausa. Consuelo permanecerá de pie, en actitud resignada. Alicia se dispone a leer el periódico).**

CONSUELO.—Entonces, ¿quiere usted cenar ahora?

ALICIA.—Sí.. sí... no tengo ganas; pero, en fin, cenaré... ¡Sola!... qué rabia!

CONSUELO.—¿Quiere usted ostras?

ALICIA.—Sí. ¿Hay langostinos?

CONSUELO.—También.

ALICIA.—Bueno; pues de todo un poco. ¡Hay que vivir!

CONSUELO.—Los bocadillos de langosta tienen muy buena cara.

ALICIA.—¡Vengan los bocadillos de langosta! **(Se sienta a la mesa. Suena un timbre).**

CONSUELO.—¿Será el señorito Ricardo?

ALICIA.—No le espero ahora. Que pase quien sea.

CONSUELO.—¿Si es un hombre?

ALICIA.—Como si es una mujer.

CONSUELO.—**(Risueña).** Con tal que no sea un acreedor...

ALICIA.—**(Impacientándose).** ¡Aunque sea un acreedor! No importa. ¡Aunque sea el verdugo! **(Pausa. Consuelo sale y vuelve con una carta).**

CONSUELO.—Tome usted.

ALICIA.—**(Rompe el sobre).** ¡Oh!... ¡No viene! ¡Oh! ¡No viene! **(Pausa).**

CONSUELO.—¿Una mala noticia?

ALICIA.—¡Bah!... Sí... **(Aparte).** ¡No viene!

CONSUELO.—Presumo de quien es.

ALICIA.—Del señorito Ricardo.

CONSUELO.—Del mismo. ¿No puede venir?

ALICIA.—No.

CONSUELO.—Cena con sus padres, ¿verdad usted?

ALICIA.—Con sus padres. ¡Mala sombra!

CONSUELO.—¡Es natural, señorita! En una noche como esta, ya se sabe; la familia...

ALICIA.—¡Claro! ¡La familia!... Y los que, como yo, rompieron con la familia para ser libres, cenan solos. **(Pausa. Alicia permanece absorta).**

CONSUELO.—**(Suspirando con disimulo).** ¡Ay! **(Pausa larga).**

ALICIA.—Consuelo...

CONSUELO.—Señorita.

ALICIA.—¿Tú también tienes familia?

CONSUELO.—Sí, señorita.

ALICIA.—¿Padre y madre?

CONSUELO.—Madre, nada más.

ALICIA.—¿Y hermanos?

CONSUELO.—Tres más pequeños que yo.

ALICIA.—Les querrás mucho...

CONSUELO.—Mucho, sí, señorita, ¡figúrese usted!

ALICIA.—Claro; como querría a los míos... si no se avergonzasen de que yo les quisiera... **(Pausa. Vuelve a leer la carta de Ricardo).** ¡No puede venir! ¡Qué fatalidad! **(Pausa).** ¿Y tú, Consuelo, vas a cenar conmigo?

CONSUELO.—Como la señorita disponga.

ALICIA.—No; ¿para qué sacrificarte?... Tú también tendrás gusto en cenar con los tuyos, ¿verdad?

CONSUELO.—Antes iba a decírselo a usted: puesto que ni eel marqués, ni don Roberto, ni el señorito Ricardo vienen... si no le hago a la señorita mucha falta...

ALICIA.—Ni poca ni mucha. ¡Para lo que he de comer!

CONSUELO.—Puedo irme más tarde.

ALICIA.—**(Levantándose).** No, tonta, vete ahora. Es igual... yo me serviré. Toma diez pesetas, para que les compres algún juguete a tus hermanos.

CONSUELO.—¡Ay, muchas gracias, señorita!

ALICIA.—Llévate además todo el turrón que quieras.

CONSUELO.—Muchas gracias.

ALICIA.—Llévate también la llave para que yo mañana no tenga que levantarme a abrirte. Anda, date prisa, que van a ser las nueve.

CONSUELO.—Como usted quiera.

ALICIA.—Anda, anda...

ESCENA IX

ALICIA, sola

(Un momento permanece indecisa. Luego hace mutis y reaparece con dos platos que coloca sobre la mesa. Se sienta). Cenemos (Vuelve a resonar en la calle estrépito de tambores, de panderetas y de voces).

VOCES, dentro

Esta noche es Nochebuana
y no es noche de dormir,
vente conmigo, serrana,
que me quiero divertir.

UNA VOZ:

La niña que yo quiero
tiene una cama,
más blanca que las nieves
del Guadarrama...

CORO:

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena.

ALICIA.—¡Qué estrépito! Si parece que va a hundirse la casa... En fin... una noche en que no necesito inventar conversaciones espirituales, ni fingir caricias, ni reirme sin ganas... ¡Nochebuena!... ¡Qué diablos! No sé de qué me quejo... Y en mi pueblo, los que se acuerden de mí, dirán: "¿Qué hará esa?" ¡Si me vieran!... (Descorcha una botella de champagne). Bueno, bebamos; me emborracharé. El vino se lleva los recuerdos y una noche sin recuerdos... ¡Nochebuena! (Bebe. Otra vez resuenan tambores y almireces. Telón lento).

FIN DE "NOCHEBUENA"

"EL PASADO VUELVE"

Comedia en un acto

original de EDUARDO ZAMACOIS

REPARTO

RAMONA (25 años. Hetera de mucho rumbo y distinción)...........	SRTA. VALDIVIA
GABRIELA (idem id. Viste traje de viaje)	SRA. EZQUERRA
JOAQUIN CERVERA (40 años. Tipo artista, desembarazado de ademanes y elegante sin atildamiento. Más que un viejo es un hombre envejecido, usado por la vida. Creo que para caracterizar este personaje, el actor no necesita ponerse peluca, le bastará con empolvarse un poco los cabellos.)........	SR. PALACIOS
DON PABLO (50 años. Aristócrata alegre y mundano. Lo que nosotros llamamos un desaprensivo y los franceses *un bon vivant.*)	CASTILLA
SANTIAGO (30 años. Carácter regocijado y frívolo).................	SAMPAYO
UN CAMARERO........................	PALACIOS (A.)

LA ACCIÓN, EN VERANO Y EN UNA PLAYA DE MODA

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Gabinete lujoso en un hotel de viajeros; un armario, un lavabo con espejo, etc. Al fondo y a la izquierda, una ventana abierta sobre un jardín y que, desde el primer momento, aparecerá bañada en luna. Muy cerca de la ventana, un diván. Al fondo y a la derecha, una puerta. A la derecha, otra. En un ángulo cualquiera y colocados uno encima de otro, dos baúles. Detalle es este que dará a la escena una gran expresión de gabinete alquilado y provisional. Arrojado de cualquier modo sobre un muebre, habrá un traje de mujer vistoso y llamativo.

Al levantarse el telón se hallan en escena Ramona y don Pablo. Ella asomada a la ventana, como quien espera. Viste bata blanca. El, en mangas de camisa, aparece abrochándose las botas o peinándose, etc., con mucha calma. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

RAMONA Y DON PABLO. Este, durante todo el diálogo, demostrará un imperturbable buen humor.

RAMONA.—Acaban de sonar las nueve. Ya no puede tardar. ¿A qué hora dijeron que llegaba el expreso?

DON PABLO.—A las nueve menos cinco.

RAMONA.—Ya ves...

DON PABLO.—Pero no hay que fiarse. En Portugal, como en España, los trenes caminan a paso de camello. ¡No podemos negar nuestro abolengo africano!

RAMONA.—Sentiría que Gabriela no viniese hoy; lo sentiría de veras; más que nunca. (Nerviosa).

DON PABLO.—¿Pues?

RAMONA.—Entre otras razones porque adivino que esta noche voy a fastidiarme horrorosamente.

DON PABLO.—Será porque te da la gana.

RAMONA.—O porque tú no me dejas divertir.

DON PABLO.—(Incomodado momentáneamente). ¡Y vuelta con la misma! ¿No te dije que te llevaba a la **kermesse?**

RAMONA.—¿Y qué?

DON PABLO.—¿Entonces?

RAMONA.—Que si voy será con el vestido que yo quiera. (Aludiendo al que habrá sobre un mueble).

DON PABLO.—¡Ah! Lo que es eso, de ningún modo. ¡Un traje con el que a cien leguas vas oliendo a **cocota!**

RAMONA.—¿Y no lo soy?

DON PABLO.—Pero, yendo conmigo, no hace falta que lo recuerdes. ¡Bueno fuera!...

RAMONA.—Terminemos la conversación... ¿quieres?... Terminemos la conversación. ¡Eres un estúpido!

DON PABLO.—Y tú una poca vergüenza.

RAMONA.—Tal para cual.

DON PABLO.—Verdaderamente. (Recobrando su buen humor).

RAMONA.—(Con ira reconcentrada). ¡Necio! Si no fuera por...

DON PABLO.—Sí, por... porque mi cartera nunca está vacía, ¿eh?...

RAMONA.—¡Eso!

DON PABLO.—Me es igual; cada uno de nosotros dispone de una fuerza, de un arma. Tú tienes belleza, es cierto, pero yo tengo dinero.

RAMONA.—La belleza vale más que el dinero.

DON PABL.—Según. A la hora del amor, sí. Pero a la hora de almorzar, desengáñate: ¡oros son triunfos! (Ella vuelve a asomarse a la ventana. El, para demostrarla que no está enfadado, empieza a silbar una canción. Pausa).

RAMONA.—¡Por fin!

DON PABLO.—¿Eh?

RAMONA.—¡Ahí está, ahí viene! (Palmoteando de alegría). ¡Gabriela... Gabriela! ¡Sube! ¡Por ahí!...

DON PABLO.—¿Es guapa?

RAMONA.—Bastante más que tú. (Rencorosa).

DON PABLO.—Ya lo veremos.

RAMONA.—¡Pero, hombre de Dios! ¿No acabarás de vestirte?

DON PABLO.—Voy, mujer... voy.

RAMONA.—¡Me desesperas!... ¿O es que no te importa que Gabriela te vea así?

DON PABLO.—¡Bah!... Siendo amiga tuya, supongo que no será esta la primera vez que ve a un hombre en mangas de camisa. (Con alegría irónica). ¿O es que empiezas a tener celos de mí? (Hace ademán de abrazarla).

RAMONA.—¡Quita! (Sale precipitadamente por la puerta del fondo. Ramona desde dentro). ¡Gabriela, chiquilla! ¡Bienvenida!...

ESCENA II

DON PABLO, RAMONA, GABRIELA y un CAMARERO cargado con el equipaje de esta última.

GABRIELA.—(A don Pablo). Buenas noches...

DON PABLO.—(Inclinándose cómica y ceremoniosamente). A los pies de usted.

CAMARERO.—(A Gabriela). Voy a preparar a usted su habitación.

GABRIELA.—Muy bien.

CAMARERO.—¿Puedo dejar esto aquí un momento?

RAMONA.—Sí, sí.

GABRIELA.—(A Ramona). Gracias. (Al Camarero). Tome usted, tome usted... para el cochero... una propinilla.

CAMARERO.—Gracias, señorita. (Vase).

ESCENA III

RAMONA, GABRIELA, DON PABLO

RAMONA.—(A Gabriela). Ahora voy a presentaros: he esperado a que el camarero se marchase para hacerlo con cierta solemnidad.

GABRIELA.—¡Qué graciosa! (Las dos ríen y se abrazan).

RAMONA.—Gabriela, mi amiga... casi mi hermana. Pablito... (Enfática). o, mejor dicho, don Pablo; mi esposo en Portugal.

DON PABLO.—Como si dijésemos: un esposo para quince días.

GABRIELA.—¿Nada más? (Riendo).

DON PABLO.—Nada más. Ser amante oficial de una mujer bonita y no ser engañado, es muy difícil. Hay, por consiguiente, que retirarse antes de que el peligro asome.

GABRIELA.—Es usted encantador.

DON PABLO.—Muchas gracias. Usted me permitirá que continúe embelleciéndome.

RAMONA.—¡Dos horas hace que está así!

DON PABLO.—Hija mía... a mi edad todas las precauciones son pocas. (Vuelve al tocador).

GABRIELA.—Está usted en su casa. (A Ramona y bajando un poco la voz). ¿Sabes quien ha venido conmigo en el tren?

RAMONA.—¿Quién?

GABRIELA.—Joaquín Cervera.

RAMONA.—¿Es posible? (Con alegría vivísima).

GABRIELA.—Nos encontramos en la estación de Madrid y hemos hecho el viaje juntos.

RAMONA.—(Pensativa). ¡Qué casualidad!

GABRIELA.—¿Hace mucho tiempo que no le ves?

RAMONA.—Mucho, mucho. Años...

DON PABLO.—(Sin mirarla). Ese Joaquín Cervera es el escultor... ¿verdad?

GABRIELA.—El mismo.

DON PABLO.—Ya decía yo que el apellido me sonaba.

GABRIELA.—¿Le conoce usted?

DON PABLO.—De nombre nada más.

RAMONA.—(**A Gabriela y con tristeza**). ¡Qué casualidad!

GABRIELA.—¡Si vieras qué cambiado está el pobre!

RAMONA.—¿Sí?

GABRIELA.—No es ni la sombra de lo que fué. Pálido, triste... Tiene los cabellos casi blancos...

RAMONA.—¡Pobre Joaquín! Nos conocimos hace diez años, ya sabes... cuando yo todavía era una niña. Luego emigró a Londres y no hemos vuelto a vernos.

GABRIELA.—Pues si le vieses ahora, no le conocerías.

DON PABLO.—(**Pavoneándose**). Los buenos mozos duramos poco. ¡Es una lástima!

RAMONA.—¿Y ha venido aquí por muchos días?

GABRIELA.—A pasar el verano.

DON PABLO.—¿Supongo que no pensarás engañarme?

RAMONA.—¡No seas necio! (**Aparte a Gabriela**). Ya hablaremos. (**Alto**). Ven, te enseñaré mi mirador. (**Se acercan a la ventana**).

GABRIELA.—¡Pero esto es delicioso!

RAMONA.—Admirable. Lo mejor de la colonia veraniega se hospeda aquí.

GABRIELA.—Y mujeres... ¿hay muchas?

RAMONA.—Pocas. ¿Vienes sola?

GABRIELA.—Sola. A probar fortuna.

DON PABLO.—Hará fortuna. Yo, a la edad de usted, siempre iba solo y me llovían los pedidos.

RAMONA.—Aquí tenemos diversiones de todas clases: patines, teatro de fantoches, tómbola, columpíos, tío-vivo y una orquesta de zíngaros que suena de media en media hora.

GABRIELA.—¡Magnífico!

RAMONA.—Mira quién va por allí!

GABRIELA.—¡Chica! ¡El Marquesito!

RAMONA.—Y a ella también la conoces. (**Dentro suena un vals, pero muy "piano", para que no interrumpa el diálogo**)

GABRIELA.—Creo que sí....

RAMONA.—Sí... es la de González, aquella francesa rubia que Antonio Buendía y el duque de Martín dejaron desnuda en un merendero...

GABRIELA.—¡Ya recuerdo! (**Ríe**).

RAMONA.—¿Y la cara que puso don Cleto cuando lo supo?

GABRIELA.—¡Sí, mujer!... ¿No he de acordarme? (**Ríen como locas**).

DON PABLO.—(**Que habrá acabado de vestirse**). ¡Pobre don Cleto!

GABRIELA.—(**Sin dejar de reir**). ¿También le conoce usted de nombre?

DON PABLO.—A ese, ni de nombre.

GABRIELA.—Como le campadece usted.

DON PABLO.—Por espíritu de clase.

RAMONA.—(**A Gabriela**). ¡Vamos a bailar!

GABRIELA.—¿Y si rompemos algún mueble?

RAMONA.—Lo paga Pablito.

GABRIELA.—Entonces, vamos. ¡Cuidado, don Cleto!... digo... ¡don Pablo! (**Bailan sin dejar de reir**).

DON PABLO.—¡Es igual!

RAMONA.—Eso creo yo...

ESCENA IV

DICHOS y el CAMARERO

CAMARERO.—¿Puedo pasar?

RAMONA.—Adelante. (**Dejan de bailar**).

DON PABLO.—(**A Gabriela**). En una habitación donde hay un hombre con dos mujeres se puede entrar siempre, ¿verdad?

GABRIELA.—¿Está usted seguro?

DON PABLO.—Cuando el hombre tiene mi edad...

GABRIELA.—También tiene usted razón. (**Cesa la música**).

CAMARERO.—(**Que habrá recogido el equipaje de Gabriela**). La señorita puede pasar cuando guste a su habitación.

GABRIELA.—Perfectamente.

CAMARERO.—Es la de aquí al lado. El número seis. (**Señala a la derecha**).

GABRIELA.—Bien.

RAMONA.—¡Me alegro! Así estaremos más juntas.

CAMARERO.—¿La señorita va a cenar aquí?

GABRIELA.—Sí. Es decir... espere usted. No sé qué hacer. ¿Tú has cenado ya?

RAMONA.—Sí, pero no te importe. ¿Estás cansada del viaje?

GABRIELA.—No.

RAMONA.—Entonces te aconsejo que vayas a **Pum-Pum**; un café-concierto. Se come muy bien.

GABRIELA.—El caso es...

RAMONA.—¿Qué?

GABRIELA.—Que necesitaría cambiarme de traje.

RAMONA.—¡Ah, naturalmente! Allí va un público muy selecto.

DON PABLO.—De traje y de ropa interior.

GABRIELA.—Por eso... ¡qué fastidio! (**Al camarero**). No, no; mire usted, no salgo: cenaré aquí.

CAMARERO.—Pues cuando quiera.

GABRIELA.—En seguida. ¡Ah! Oiga usted; un caballero vendrá preguntando por mí. Hágale usted subir.

CAMARERO.—Será usted servida. (**Vase**).

ESCENA V

RAMONA, GABRIELA, DON PABLO

DON PABLO.—(**Consultando su reloj**). Me parece que no voy a esperar a Santiago.

RAMONA.—Créeme que si no volvieses a verle en toda tu vida no perdías nada.

GABRIELA.—¿Quién es ese Santiago?

RAMONA.—Un niño rico, un pisaverde que le trae sorbido el seso a éste. (**Por don Pablo**). ¡Hija mía! En cuanto ve a Santiago, Pablo se transforma; diríase que le quitan veinte años de encima. Las consecuencias luego las pago yo. Porque, donde le ves, tiene mal vino.

GABRIELA.—¿Hola... sí?

RAMONA.—Le da por reñir y por no darme dinero.

DON PABLO.—¡Como que los borrachos nunca pierden el tino!

GABRIELA.—Hace usted mal, don Pablo, en disgustar a Ramona, que es tan buena.

DON PABLO.—¡Pero si no la doy disgustos!

RAMONA.—Todos los que puede; y como los días en verano son tan largos...

GABRIELA.—Te da muchos. Veamos: ¿por qué esta noche en lugar de irse con su amigo no sale usted con Ramoncita?

DON PABLO.—Porque ella no quiere.

RAMONA.—Porque no quieres tú.

DON PABLO.—¡No empecemos!... Gabriela, sea usted imparcial y juzgue por sí misma. La manzana de nuestra discordia es ésta. (Coge el vestido de que se hizo mención en otro lugar). La niña... se ha empeñado en ir a la kermesse con este traje.

RAMONA.—Un traje precioso, que lo firmaría Paquín.

DON PABLO.—Un traje de titiritera, un semidesnudo que llamaría la atención de todo el mundo y me pondría en berlina.

GABRIELA.—(Conciliadora). Pues, mujer... ponte otro vestido.

RAMONA.—¿Yo?... ¡Está fresco!

DON PABLO.—No la conoce usted.

GABRIELA.—Tiene la cabeza dura...

DON PABLO.—Como la de un martillo.

RAMONA.—No, te equivocas; yo no soy testaruda por temperamento sino por cálculo. Hay que saber entender a estos caballeros ricos que "nos entretienen". Si te ablandas con ellos, te comen por los pies.

DON PABLO.—¿Qué tiene que ver el dinero con lo que aquí discutimos?

RAMONA.—Mucho. Porque el dinero siempre es mal educado, grosero. Tú, a pesar de tu buena crianza, no puedes olvidar que eres el amo.

DON PABLO.—¡Naturalmente!

RAMONA.—El que paga.

DO NPABLO.—¡Naturalmente!

GABRIELA.—Bien, basta... No hay motivos para reñir. ¡Qué atrocidad! ¡Ni que estuviéseis casados!

DON PABLO.—Así es. Pero de cuando en cuando necesito recordar a Ramoncita que yo no sirvo a nadie de juguete.

RAMONA.—Lo mismo digo.

GABRIELA.—¡Demonio! Bastante habéis hablado ya.

DON PABLO.—Por mi parte...

RAMONA.—¡Y se queda tan fresco! ¡Hipócrita! ¿Pero ves qué tíos estos?... (Furiosa).

DON PABLO.—Bonita palabra.

RAMONA.—¡Sí, sois unos tíos!

DON PABLO.—Ramona...

RAMONA.—¡Unos tíos!

DON PABLO.—Calla... calla... ¡Si no puedes negar lo que eres, si no puedes negarlo! A la lengua se te sube el barro que llevas en el alma, y, sin querer, lo escupes...

RAMONA.—Sí, barro escupo: el que tu... y otros como tú, echasteis sobre mí: fango de egoísmos, fango de traiciones. Buena y limpia, como hecha de luz, era yo cuando niña. La suciedad que ahora hay en mí, ¿de quién la recibí sino de vosotros? Vosotros me enseñásteis el lenguaje de la plazuela. ¿No sabías que, como el trueno sigue a la luz, así la primera blasfemia responde al primer desengaño?... ¡Y aun crees que voy a ser juguete vuestro... tuyo!... ¡Imbécil, imbécil!... (Llora).

GABRIELA.—Ramona... Rámoncita...

DON PABLO.—(Correcto). ¡Muy bonito! ¡El relámpago, el trueno... y ahora la lluvia! ¡Mejor es callar!

RAMONA.—(A Gabriela). Creen que a nosotras se nos conquista con dinero... ¿Qué te parece?... ¡Já, já, já!... ¡Con dinero!

DON PABLO.—¿No?

RAMONA.—¡No! Se nos conquista con delicadezas... ¿Te enteras?... Con delicadezas... con palabras... Porque para jugar con una mujer, ¡desengáñate! es preciso cogerla por el corazón.

DON PABLO.—(Ya de buen humor). Voy creyendo que las mujeres agradecéis más una bofetada a tiempo que **una orla de brillantes.**

RAMONA.—¡Qué lástima de tiro, hijo mío!

DON PABLO.—¡Y los billetes de Banco que me ha costado aprender una lección tan sencilla! Bueno, au revoir; me marcho. Gabriela... perdone usted el mal rato que acabamos de darla.

GABRIELA.—¿Se va usted sin hacer las paces con Ramona?

DON PABLO.—Por hechas. ¿Usted cree que yo tomo estas cosas en serio?... ¡Quiá!

RAMONA.—Yo, felizmente, hago lo mismo.

DON PABLO.—(A Gabriela). Las mujeres sois siempre menores de edad.

GABRIELA.—¿A dónde va usted ahora?

DON PABLO.—Al Casino.

GABRIELA.—¿A jugar?

DON PABLO.—Y a perder.

RAMONA.—¿Llevas mucho dinero?

DON PABLO.—El suficiente para que el banquero no cese de bendecirme en toda la noche.

GABRIELA.—Prefiere usted los juegos de azar a los juegos de amor. ¡Hace usted mal, don Pablo!

DON PABLO.—Achaques de la edad. Yo soy muy positivista.

RAMONA.—¿Pero tú creías que este se ocupa en hacer el amor?

DON PABLO.—Lo compro hecho. Es más cómodo.

GABRIELA.—Pero menos poético.

DON PABLO.—Pero más cómodo.

RAMONA.—Y para tí la comodidad...

DON PABLO.—¡Sobre todas las cosas! (A Gabriela). Repito... (A Ramona). Fierecilla... ¡Ah! Si viene Santiago, le dices...

RAMONA.—No te molestes; me parece que le tienes ahí.

ESCENA VI

DICHOS y SANTIAGO que entrará tarareando una canción y sin llamar

SANTIAGO.—(Ya dentro). ¿Se puede?

RAMONA.—!Hola!... ¿Y lo pregunta usted desde dentro?

SANTIAGO.—Adiós, Pablito... Ramona...

RAMONA.—(A Gabriela). Santiago Rivas, uno de nuestros primeros... desocupados. Mi amiguita Gabriela Rey, que acaba de llegar...

SANTIAGO.—¿De Madrid?

GABRIELA.—De Madrid.

SANTIAGO.—Encantadora... sí, señor... encantadora...

GABRIELA.—Muy amable...

SANTIAGO.—Es una de las manos más bonitas que han pasado por la mía. Permítame usted... (La besa).

RAMONA.—¡Santiago!

GABRIELA.—¡Santiago!

SANTIAGO.—(A Gabriela). No me guarde usted rencor; en mis labios no hay veneno. Además, vengo medio loco.

DON PABLO.—¿Pues qué sucede?

GABRIELA.—(A Ramona). Es simpático.

SANTIAGO.—Ya te contaré.

SANTIAGO.—Aquí no puede ser. Es una historia para hombres solos.

RAMONA.—¿Una nueva conquista?

SANTIAGO.—Un proyecto de conquista.

RAMONA.—¿Joven?

SANTIAGO.—Veinte años.

RAMONA.—¿Rica?

SANTIAGO.—Rica.

DON PABLO.—¿No se tratará de Victoria?

SANTIAGO.—¡Quiá! Esa, pasó. Anoche quise verla y anduve rondando su calle, y como había luz en su cuarto, empecé a llamarla a gritos: "¡Victoria!... ¡Victoria!..." Y en la quietud de la calle, ancha y silenciosa, el eco respondía: "¡Victoria!... ¡Victoria!..." Hasta que llegó un guardia y me dijo: "Caballero, por bien que le hayan salido a usted sus asuntos, hágame el favor de callar. Son las dos de la madrugada".

GABRIELA.—¡Tiene gracia!

RAMONA.—¡Tiene gracia!

SANTIAGO.—Y me fuí. Pero la de ahora sí que es guapa... ¡Oh!

DON PABLO.—Ya me contarás....

GABRIELA.—¿Conque esas tenemos? Una mujer joven, rica... ¡Muy bien!

RAMONA.—Una verdadera novia, por lo visto. Una muchacha decentita...

SANTIAGO.—¿Decente? ¡Quiá!... ¿Pero usted me cree capaz de enamorarme de "eso" que llaman una mujer decente?

RAMONA.—¡Hombre!

SANTIAGO.—¡No las quiero! Una mujer así, es una cadena metida en un corsé.

RAMONA.—¡Qué disparates dice! (Horrorizada).

GABRIELA.—¡Qué disparates dice!

DON PABLO.—¡Tiene razón! (Riendo). ¡Tiene razón!

SANTIAGO.—¡Claro es! Para los incansables como yo, las solteritas que buscan marido no sirven, y las casadas fieles, tampoco. Yo, en cuestiones de amor, soy mariposa, soy anarquista. ¡Viva la anarquía! Ea, tú Pablo... ¡Hale! paso de camino...

DON PABLO.—Andando.

SANTIAGO.—A no ser que estas señoritas... A Ramona la veo en traje de casa.

RAMONA.—Yo no salgo.

SANTIAGO.—¿Y usted?

GABRIELA.—Acompaño a Ramona.

SANTIAGO.—Tiene usted ojos apasionados, ojos italianos... ojos de ensueño... ¡Eh, tú, Pablito!... ¿No te parece?... Ojos de ensueño. Usted debe de ser un alma errante, un alma viajera...

GABRIELA.—(Riendo). Sí, sí... ¡Pero ya no viajo!...

SANTIAGO.—¿Ha descarrilado usted alguna vez?

GABRIELA.—Muchas.

SANTIAGO.—También yo.

GABRIELA.—Y esos viajes sentimentales suelen costar a las mujeres muchas lágrimas.

SANTIAGO.—Y a los hombres mucho dinero. ¡Estamos de acuerdo! (Se dan las manos riendo).

DON PABLO.—¿Acabarás de charlar?

RAMONA.—¿A dónde van ustedes, por fin?

DO NPABLO.—Desde aquí, al Casino.

SANTIAGO.—Nos esperan. Luego iremos a Pum-Pum.

DON PABLO.—¡Es un programa!

SANTIAGO.—Luego... ¡quién sabe! Misterio. Pero, ¿qué importa cuando en el misterio está la poesía?

DON PABLO.—(Que habrá estado frotándose las sortijas con su pañuelo). ¡Por vida de los moros!

SANTIAGO.—¿Qué es?

DON PABLO.—Que se me ha caído el brillante del solitario.

RAMONA.—A ver, a ver...

GABRIELA.—A ver, a ver... (Todos rodean a don Pablo. Los artistas cuidarán de dar a esta escena el mayor interés posible).

DON PABLO.—Menos mal que no fué en la calle.

RAMONA.—¡Qué lástima!

GABRIELA.—¡Hermosa piedra!

DON PABLO.—Vale dos mil francos.

SANTIAGO.—¿A ver? Trae acá. Yo entiendo mucho de estas cosas. ¡Sí, en efecto, hermoso ejemplar! ¡Qué oriente! ¡Me conviene! (Se la traga).

RAMONA.—¡¡Qué haces!!

DON PABLO.—¡¡Qué haces!!

GABRIELA.—¡Este hombre tiene los demonios en el cuerpo!

SANTIAGO.—¡Ya pasó!

DON PABLO.—¿Pero estás en tu juicio? (Todos ríen).

SANTIAGO.—¡Llevo dos mil francos en las entrañas! ¡Dos mil francos! Bien podéis decir ahora que, "en el fondo", a pesar de mi frivolidad aparente, valgo mucho.

RAMONA.—¡Qué trasto de hombre!

GABRIELA.—¡Es divino!...

SANTIAGO.—Ahora es cuando me voy. (A don Pablo). Te advierto que no tengo el menor interés en que me acompañes.

DON PABLO.—¡Ah, pero yo sí! No te dejo en toda la noche.

SANTIAGO.—¿No quieres separarte de tu solitario?

DON PABLO.—Ni un momento.

SANTIAGO.—¡Pues ya está la fiesta armada!

GABRIELA.—Será buena.

SANTIAGO.—¡Oh, dejará memoria! Porque os advierto que la digestión de una piedra preciosa exige...

RAMONA.—¿Qué?

GABRIELA.—¿Qué?

SANTIAGO.——¡Mucho vino de Oporto!

DON PABLO.—Te pago el digestivo.

SANTIAGO.—Vamos. Gabriela... ¿irá usted a Pum-Pum? No deje usted de ir.

GABRIELA.—¡Quién sabe, probablemente!

SANTIAGO.—Porque he de confesarla a usted...

DON PABLO.—(Empujándole). ¡Que van a dar las diez!

SANTIAGO.—¡Huyamos!... Ya sabes que los digestivos hechos a base de vino de Oporto se toman por botellas y de media en media hora. (Salen riendo).

RAMONA.—Andad, andad...

GABRIELA.—¡Qué par! ¡Como pellejos se van a poner!

ESCENA VII

RAMONA, GABRIELA

(Las actrices procurarán dar a esta breve escena un fuerte calor de emoción y de intimidad).

RAMONA.—¡Por fin! (Cierra la puerta).

GABRIELA.—Tu don Pablo es notable: es el tipo del bon vivant, del desaprensivo.

RAMONA.—¡Vaya bendito de Dios! ¡Me aburre!... Como me aburren todos...

GABRIELA.—Reconoce, al menos, que es uno de esos hombres excepcionales que, por intuición sin duda, saben retirarse un momento antes de empezar a estorbar.

RAMONA.—Razón tienés. Porque deseosa estaba de quedarme a solas contigo para hablar de Joaquín.

GABRIELA.—¿Pero, le quieres todavía?

RAMONA.—¡Todavía! ¡Siempre!...

GABRIELA.—¡Qué buena eres!

RAMONA.—Le quiero como tú quisiste a Leonardo. (Besándola). ¿Verdad? En vano tú, como yo, hemos pasado de unos brazos a otros; el recuerdo del primer hombre, el único hombre que quisimos, persiste en nosotras triunfador, imborrable.

GABRIELA.—Es como un perfume.

RAMONA.—Como una luz.

GABRIELA.—Otros hombres hemos conocido más graciosos, más elegantes, más ricos... pero aquél, el amado, se sobrepone a todos.

GABRIELA.—Es la magia del pasado, la fuerza del recuerdo... Y es que una sola idea, cuando es grande, basta para llenar toda una vida.

RAMONA.—Es cierto. Háblame de Joaquín.

GABRIELA.—Pregunta.

RAMONA.—¿Vendrá?

GABRIELA.—Esperándole estoy y el camarero lo sabe. Joaquín te quiere mucho; durante todo el viaje me ha hablado de tí.

RAMONA.—¿Por qué no se ha hospedado aquí?

GABRIELA.—Porque su familia le esperaba.

RAMONA.—¿Pero se ha casado? (Con asombro y dolor).

GABRIELA.—¿No lo sabías?

RAMONA.—¡No! ¡Oh! ¡Casado!... ¿Y tiene hijos?

GABRIELA.—También.

RAMONA.—¡No sabía nada! ¡Qué dolor!... ¡Oh!... Ya, entre él y yo, ¡qué abismo!

GABRIELA.—Y todo eso le ha envejecido, le ha puesto triste...

RAMONA.—(Hablando consigo misma). ¡Casado! ¡Qué abismo!... (Pausa).

GABRIELA.—Y Joaquín llega a tiempo. (Riendo).

RAMONA.—¿Cómo?

GABRIELA.—Yo me entiendo...

RAMONA.—¿Lo dices porque acabo de reñir con Pablo?... ¡Tonta! ¡Era igual! Demasiado sabes que lo que amamos mucho siempre llega a nosotras a tiempo. (Pausa).

GABRIELA.—Oye... Alguien viene.

RAMONA.—Sí.

GABRIELA.—Me parece que han llamado en mi cuarto. Sí... No te emociones demasiado porque es él. (Se dirige a la puerta).

RAMONA.—¡El!

GABRIELA.—(Abriendo la puerta). Entra, Joaquín.

ESCENA VIII

RAMONA, GABRIELA, JOAQUIN

JOAQUIN.—¡Ramona!

RAMONA.—¡Joaquín de mi alma! (Se abrazan con efusión vivísima. Ella llora).

GABRIELA.—¡Nada! ¡Lo mismo que en las comedias!

JOAQUIN.—Antes de venir a verte he vacilado mucho.

RAMONA.—¿Por qué?

JOAQUIN.—Por coquetería.

RAMONA.—No comprendo.

GABRIELA.—Mujer, ¡qué torpe eres!... Porque temía que le hallases demasiado viejo.

JOAQUIN.—Sí, demasiado viejo.

RAMONA.—¡Qué tontería!... Joaquín, mi Joaquín, tú para mí siempre serás el mismo, el mismo...

JOAQUIN.—Con diez años más. Cuando nos conocimos, ¿verdad? yo era casi un real mozo. Ahora, confiésalo, soy un amante bueno para visto de noche o entre dos luces.

RAMONA.—Bobo, bobito...

JOAQUIN.—Tengo cuarenta años.

RAMONA.—Ya lo sé.

JOAQUIN.—Soy lo que la gente llama un hombre de cierta edad.

GABRIELA.—O, como si dijésemos, de la Edad Media.

RAMONA.—¡Qué me importan tus años!

JOAQUIN.—Pero... ¿y mi cara?

RAMONA.—Tampoco. ¡No, hijo mío! No era una belleza, era un alma lo que yo amé en tí. (A Gabriela y bromeando). Sin embargo ,sí... tenías razón: ha cambiado mucho.

GABRIELA.—¡Y tanto! Tiene el pelo gris.

RAMONA.—Y la frente más grande.

GABRIELA.—Y los ojos más tristes.

RAMONA.—Sí; ¡y más pequeños!

JOAQUIN.—¡Pues sí que estáis cortándome un trajecito!

GABRIELA.—¡Y eso que te queremos!

JOAQUIN.—Que si me odiaseis...

RAMONA.—¿Y los dientes? (Haciendo ademán de tocarle la boca). ¿No te falta ninguno?

JOAQUIN.—Afortunadamente. Esos se salvaron todos. (Pausa). Di... ¡qué elegante estás! ¿Quién es ahora tu amor?

RAMONA.—Calla. ¡Oh! No hablemos del presente.

JOAQUIN.—Sí, el presente es feo: mírame a mí.

RAMONA.—¡Pobrecillo!... (Pausa larga). ¿Te acuerdas de nuestro cuartito?

JOAQUIN.—Aquí (por la frente). lo llevo retratado.

RAMONA.—¡Y qué apuros pasábamos para comer!

JOAQUIN.—Fué un idilio de hambre.

RAMONA.—¿Y cuando tú tenías que quedarte acostado para que yo te lavase la ropa en un barreño? (Ríe).

JOAQUIN.—¡Qué bonito era aquello!

GABRIELA.—(Burlándose). Precioso... precioso.

RAMONA.—¿Y nuestra alcobita?... ¡Ah, las alcobas! (Dirigiéndose a Gabriela). Todas las alcobas donde he dormido después han dejado en mi memoria una impresión de disgusto, de asco...

Sólo aquélla, a pesar de su pobreza, reaparece en mi memoria como algo azul, algo muy alegre, blanco... lleno de sol... **(Abrazándole con brusca vehemencia)**. Joaquín, mi Joaquín... ¿por qué te casaste?

JOAQUIN.—Mi Ramona... **(Pausa)**.

GABRIELA.—Bien; me parece llegado el momento de imitar el discreto ejemplo de don Pablo. Buenas noches.

JOAQUIN.—**(Levantáidose)**. Entonces, yo me voy también.

GABRIELA.—¿Por qué?

RAMONA.—No, tú no te vas...

JOAQUIN.—¿Y si ese don Pablo, amigo tuyo vuelve?

GABRIELA.—No hay cuidado .Yo ahora voy a cambiarme de traje, luego me marcho a **Pum-Pum**...

RAMONA.—**(Con gran alegría)**. ¡Eso es! ¡Admirablemente pensado!

GABRIELA.—Y una vez allí y mientras el solitario que se tragó Santiago aparece o no, yo os respondo de que don Pablo no vuelve por aquí en toda la noche.

JOAQUIN.—Pero, seamos prudentes: ¿y si por casualidad viniese?

RAMONA.—Mi alcoba tiene una puerta que comunica con la habitación de Gabriela. Mirad. **(Los tres miran por la puerta de la derecha)**.

GABRIELA.—¡Pues no digas más!... ¡Ah! ¡Los arquitectos, poniendo con sabia previsión puertas de escape en las alcobas, dieron a las mujeres un medio para que los pobres maridos nunca sepan nada. Adiós, Joaquinito.

JOAQUIN.—Adiós, Gabriela.

GABRIELA.—Hasta mañana. Y... ¡no paséis miedo!

RAMONA.—Confiamos en tí.

GABRIELA.—Perded cuidado. Creo que no puedo hacer más por vosotros, ¿eh?

RAMONA.—Eres un ángel.

JOAQUIN.—Un ángel.

GABRIELA.—Adiós, hasta mañana. **(Vase. Ramona cierra cuidadosamente la puerta. Después ella y Joaquín se miran y, sin hablar se abrazan)**.

ESCENA IX

RAMONA, JOAQUIN

JOAQUIN.—Otra vez juntos... solos...

RAMONA.—Después de diez años.

JOAQUIN.—A través de los años y de las aventuras me siguió tu recuerdo. ¡Oh! Tengo tantas, tantas cosas que decirte, que no sé por cual empezar. Ramona, Ramona mía...

RAMONA.—¡Tuya! ¡Siempre!...

JOAQUIN.—¿Te acuerdas de nuestra estancia en el pueblo?

RAMONA.—Mi casa, la casa donde nací...

JOAQUIN.—Aquella casita blanca, oculta entre árboles muy verdes, donde murieron tus padres... y donde quizás, cuando seas vieja, vayas a morir tú...

RAMONA.—Esa casita que, por haberse marchado tantos camino de la otra vida, parece una estación...

JOAQUIN.—En esa casita blanca... ¡quién pudiera vivir contigo sin ambiciones, olvidado de todos!...

RAMONA.—Poeta, ¿ y tu mujer... y tus hijos?...

JOAQUIN.—¡Oh, deja!... No hablemos del presente. Tenías razón: el presente es feo.

RAMONA.—Habla... sigue, Joaquín... Aunque me engañes, sigue...

JOAQUIN.—No, no te engaño: es mi alma romántica, mi alma sincera, la que en estos momentos se derrama por mis labios. Al verte te quiero como te quise entonces... lo mismo, y es que el pasado vuelve. ¿Qué me importa tu historia? La Ramona que tengo ahora delante es "aquella", la de los años mozos; años de locura, de inconsciencia, en que no nos cabía en la boca la risa. En mi largo combate por la gloria y por el pan, salí triunfante. ¡Lo gané todo! Honores, posición, esposa, hijos... y, sin embargo, en mi alma, de donde contigo voló la alegría primera, una voz clamaba, clamaba perpetuamente, y esa voz decía: "dame más, dame más... otra cosa, otra... rebusca... ¿o es que no hay bajo el cielo más de lo que me diste?"

RAMONA.—Como yo.

JOAQUIN.—Como tú...

RAMONA.—Pero ya estamos muy separados. No, Joaquín, no... no hay que hacerse ilusiones: el pasado no vuelve...

JOAQUIN.—Vuelve, sí... ¿Cómo dudas? Tu pasado soy yo, mi pasado eres tú... la casualidad nos reune, aunque sea momentáneamente, y mira cómo, de pronto, lo que fué nos sale al paso y nos cierra el camino. Otra vez solos... juntos...

RAMONA.—Pero... ¿y mi vida? ¡Esta sucia vida que me rodea!

JOAQUIN.—¿Y qué?... ¿Que vives en el pecado?... ¿Y qué?... Si en los días negros de quebranto y de fastidio nadie fué a consolarte, ¿quién podrá acusarte con justicia?... El cuerpo tiene hambre y come; las almas solitarias, las almas aburridas, padecen hambre de ideal y pecan; que el pecado, Ramona, es pan para las almas que se aburren.

RAMONA.—Eres el mismo... el mismo...

JOAQUIN.—Y tú, la misma... Más hermosa, tal vez.

RAMONA.—¡Oh, no!

JOAQUIN.—¡Son tus ojos... son tus cabellos... tus cabellos negros, que yo besé tanto...

RAMONA.—¡Pobre cabeza mía!... **(Acariciándole)**. Pobre cabeza mía... ¡Qué viejecita está!...

JOAQUIN.—Sufrió mucho.

RAMONA.—Mucho.

JOAQUIN.—Pero, aunque esté fea, quiérela, porque pensó mucho en tí. **(Pausa)**.

RAMONA.—¡Qué mala es la vida!

JOAQUIN.— No...

RAMONA.—¡Qué triste!

JOAQUIN.—No; no creas.

RAMONA.—¡Sí, qué triste!...

JOAQUIN.—Te equivocas. ¿Por qué?

RAMONA.—¿Dirás que es alegre?

JOAQUIN.—Tampoco... ¡qué se yo!... La vida no es una lágrima; tampoco es una carcajada; es... una sonrisa. **(Pausa larga)**.

RAMONA.—¡El pasado vuelve, digiste!... ¿Y si tuvieses razón? **(Se levantan)**.

JOAQUIN.—¡Ah! no lo dudes.

RAMONA.—Nos conocimos en un merendero, una noche de verano, una noche como ésta...

JOAQUIN.—Noche lírica de luna y de amor...

RAMONA.—¡Cómo lo recuerdo! ¡Cómo revive aquella escena en mi memoria! ¡Con qué nitidez la veo!... Es algo para mi coherente, tangible como un bajorrelieve...

JOAQUIN.—Todo está igual... menos yo.

RAMONA.—Menos tú... Pero yo, dentro de mi espíritu, te veo como eras entonces: con tus cabellos rizosos y negros, con tus ojos luminosos con tus mejillas llenas de sangre...

JOAQUIN.—¡Ay!

RAMONA.—¿Quieres?... ¿Dí?... ¿Quieres?...

JOAQUIN.—¿Qué?

RAMONA.—Reconstituir la escena.

JOAQUIN.—¿Cómo?

RAMONA.—Apagando la luz.

JOAQUIN.—¡Oh!... ¡Qué triste es eso!

RAMONA.—¿Triste? Por qué?

JOAQUIN.—No sabría explicártelo ahora... pero, si... es muy triste... Alude a mi vejez.

RAMONA.—Estábamos cenando así, delante de una ventana como ésta... y al darnos el primer beso, en el jardín del merendero un cuarteto ambulante empezó a tocar un vals...

JOAQUIN.—Sí... Nuestro vals.

RAMONA.—Nuestro vals. **(Pausa).** ¡Espera! Sí, eso es... verás... **(Apoya un timbre. Pausa).**

JOAQUIN.—¿A quién llamas?

RAMONA.—Al camarero.

JOAQUIN.—¿Qué quieres?

RAMONA.—Aguarda.

JOAQUIN.—¿Pero, qué vas a hacer?

RAMONA.—Es una ocurrencia rara y bonita.

ESCENA X

DICHOS y el CAMARERO

CAMARERO.—¿Llamaba usted?

RAMONA.—Adelante. **(Con frialdad).**

CAMARERO.—Con su permiso; buenas noches.

RAMONA.—¿Y mi amiga, la señorita del número seis?

CAMARERO.—En este momento acaba de marcharse.

RAMONA.—Bien. Hágame el favor de decirle al director de los zíngaros, que toque el vals de **La Bohemia.**

CAMARERO.—Perfectamente.

RAMONA.—Tome usted; dele esto de mi parte. **(Entrega al Camarero un billete).** Adiós. **(Durante esta escena Joaquín permanecerá junto a la ventana, como indiferente a la conversación).**

ESCENA IX

RAMONA, JOAQUIN

JOAQUIN.—Eres original. **(Con alegría).**

RAMONA.—Soy digna de tí.

JOAQUIN.—Vales más que yo; eres más artista que yo...

RAMONA.—Una artista de la vida.

JOAQUIN.—Mi alma... mi Ramona.

RAMONA.—Noche de verano, noche de luna, noche de amor... Tenías razón, Joaquín, tenías razón: el pasado vuelve... **(Los dos se acercan a la ventana).**

JOAQUIN.—Oye. **(Música dentro).**

RAMONA.—El pasado vuelve... (**El vals suena muy lejos, muy debilitado, de modo que sirva de "fondo", a la conversación).**

JOAQUIN.—Emoción divina.

RAMONA.—Si la vida es teatro, ¿por qué no colgar en ella las decoraciones a nuestro gusto?... Soy, ¿verdad?... una excelente directora de escena.

JOAQUIN.—Mi alma...

RAMONA.—Joaquín... ¿Ves?... Todo está igual.

JOAQUIN.—Todo.

RAMONA.—La ventana, el aire perfumado, el campo bañado en luna... el vals con sus notas de melancolía y de amor... Sólo me separan de aquella visión tus pobres ojos, un poco más tristes...

JOAQUIN.—Ramona...

RAMONA.—Tus cabellos, un poco más blancos... tus cabellos fríos...

JOAQUIN.—¡Por piedad!

RAMONA.—Pero para destruir eso hay un recurso.

JOAQUIN.—¿Cuál?

RAMONA.—Buscar la obscuridad.

JOAQUIN.—No... no...

RAMONA.—En la obscuridad las almas que quieren soñar, sueñan mejor. Quiero verte hermoso, como entonces... Déjame... Necesito ser feliz una noche... un instante. **(Apaga la luz).**

JOAQUIN.—¿Qué haces, Ramona?

RAMONA.—Nada, mi rey... nada... acercarme a tí... **(El teatro quedará totalmente a obscuras. Ellos permanecerán un momento abrazados delante de la ventana bañada en luna, y luego caerán sobre el diván mientras la música continúa y el telón desciende rápido).**

FIN DE "EL PASADO VUELVE"

10 NOVELAS SELECTAS

POR $ 2.00

FRANCO DE PORTE

Cristóbal de Castro.—Las Mujeres Fatales.

M. Linares Rivas.—Un Ilustrísimo Señor....

A. de Hoyos y Vinent.—Los Ladrones y el Amor

V. Diez de Tejada.—El Reservado de Señoras o la Cartera de Guerra.

Joaquín Belda.—Un Quince de Eter

Felipe Sassone.—Un Marido Minotauro y Sentimental

Pedro de Répide.—Un Angel Patudo

R. López de Haro.—El Beso Supremo

Joaquín Belda.—La Papeleta de Empeño

José Francés.—El Círculo Vicioso

Pedidos a la Casa Editorial

MORO & TELLO

CORRIENTES 1307 U. T. 2541, Libertad BUENOS AIRES

Dra. Ana Fischer de Duckelmann

La mujer, médico del hogar

Obra de higiene y de medicina familiar, especialmente consagrada a las enfermedades de la mujer y de los niños. Segunda edición. Un tomo lujosamente encuadernado, tamaño 25x19 centímetros de 850 páginas, con 448 grabados en negro y 28 láminas en colores, impreso en papel superior encuadernado en pasta española .... $ 18.—

Guillermo Shakespeare

DRAMAS

Traducidos por don Marcelino Menéndez Pelayo, dibujos y grabados de los principales artistas alemanes.

Consta de los 4 tomos siguientes.

Tomo I.—«El mercader de Venecia», «Macbeth»,» «Romeo y Julieta», «Otelo»

Tomo II.—«Sueño de una noche de verano», «Medida por medida», «Coriolano», «Cuento de invierno»

Tomo III.—«Hamlet», «Rey Lear», Cimbelina»

Tomo IV.—«Julio César», «Como gustéis», «Comedia de equivocaciones», Las alegres comadres de Windsor»

Lujosamente encuadernados los 4 tomos $m/n 12.—

SOLICITEN CATÁLOGO — Se remite franco de porte

MORO & TELLO

Depósito permanente de las ediciones de la Casa Editorial

MANUEL MAUCCI de Barcelona

CORRIENTES 1507 — U. T. 2541, Lib. — BUENOS AIRES

IMP. VENEZUELA 1133